

ALEXANDER PUSHKIN

Dubrovsky



Obra incompleta de Pushkin escrita en 1832 y publicada tras su muerte, en 1841.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

Vivía hace algunos años en una de sus haciendas Kirila Petróvich Troekúrov, señor ruso a la vieja usanza. Sus riquezas, su alcurnia y sus relaciones le daban gran influencia en las provincias donde se hallaban sus fincas. Los vecinos se sentían satisfechos en complacer sus menores caprichos; los funcionarios temblaban ante su nombre. Kirila Petróvich aceptaba las pruebas de servilismo como un debido tributo; tenía siempre invitados en su casa dispuestos a entretener su señorial ociosidad y a compartir sus ruidosas y a veces violentas diversiones. Nadie se atrevía a rechazar su invitación, o a no presentarle sus respetos en los días señalados, en la aldea de Pokróvskoe. En su vida privada se dejaban sentir, todos los vicios del hombre inculto. Mimado por cuantos le rodeaban, estaba acostumbrado a dar rienda suelta a su voluntad, a los impulsos de su fogosa naturaleza y a todos los propósitos de su bastante limitada inteligencia. A pesar de su extraordinaria capacidad física, dos veces a la semana sufría las consecuencias de su glotonería y todas las tardes se alegraba más de la cuenta.

En una de las salas del edificio vivían dieciséis muchachas entregadas a labores propias de su sexo. Las ventanas estaban protegidas con barrotes de madera; las puertas permanecían cerradas con candado, cuyas llaves guardaba Kirila Petróvich. Las jóvenes salían a determinadas horas al jardín y se paseaban bajo la vigilancia de dos viejas. De cuando en cuando, Kirila Petróvich casaba a alguna y otra nueva venía a ocupar su lugar.

Su trato con campesinos y criados era severo y arbitrario; no obstante, le eran fieles porque su vanidad se sentía halagada por las riquezas y fama del señor y, a su vez, confiando en la decidida protección del amo, se permitían toda clase de desafueros contra sus vecinos.

Las ocupaciones a que Troekúrov estaba siempre entregado se reducían a constantes recorridos por sus amplias posesiones, interminables banquetes y bromas que no cesaba de inventar, de las que de ordinario solía ser víctima un nuevo conocido, aunque ni siquiera los viejos amigos se libraban de ellas, a excepción de Andrei Gavrílovich Dubrovsky. Teniente retirado de la Guardia, era éste su más próximo vecino y poseía setenta almas. Troekúrov, altivo en sus relaciones con la gente más encopetada, respetaba a Dubrovsky a pesar de su reducida fortuna. En otros tiempos habían sido compañeros de servicio y conocía por experiencia su carácter intolerante y decidido. El glorioso año de 1762 los separó un largo tiempo. Troekúrov, pariente de la princesa Dashkova, ascendió. Dubrovsky, medio arruinado, se vio obligado a pedir el retiro e instalarse en la aldea que había salvado. Concedor de esta circunstancia, Kirila Petróvich le ofreció su protección, pero Dubrovsky le dio las gracias y permaneció pobre e independiente. Unos años después, Troekúrov, como general en jefe retirado, pasó a vivir a su finca; volvieron a verse con mutua alegría. A partir de entonces se reunían a diario y Kirila Petróvich, que jamás había concedido a nadie el honor de su visita, acudía sin cumplidos a la casita de su antiguo compañero. Eran de la misma edad, pertenecían a un mismo estamento y habían recibido igual educación, por lo que, en parte, coincidían en sus caracteres y aficiones. En cierto sentido, su suerte había sido la misma: se habían casado por amor, habían envidado pronto y les había quedado un solo descendiente: el hijo de Dubrovsky se educaba en Petersburgo y la hija de Kirila Petróvich crecía a la vista del padre. Éste decía con frecuencia a Dubrovsky: «Escucha, Andrei Gavrílovich: si tu

Volodka se abre camino, le daré a Masha; aunque no tenga donde caerse muerto.» Andrei Gavrílovich meneaba la cabeza y solía replicar: «No, Kirila Petróvich, mi Volodka no es buen partido para María Kirílovna. A un noble pobre, como él, le conviene más casarse con una noble pobre y ser jefe de la familia que convertirse en administrador de una señorita mimada.»

Todos envidiaban la armonía reinante entre el orgulloso Troekúrov y su vecino pobre, asombrándose del atrevimiento de este último, cuando a la mesa del comedor de Kirila Petróvich exponía abiertamente su criterio sin preocuparse de que fuera o no contrario al del anfitrión. Algunos trataron de imitarlo y salieron de los límites de la debida obediencia, pero Kirila Petróvich les paró los pies de tal forma, que se les quitaron para siempre las ganas de repetirlo. Dubrovsky quedó, pues, fuera de la ley general. Mas cierta circunstancia inesperada hizo que todo cambiara.

A principios de otoño, Kirila Petróvich se disponía a salir hacia unos alejados campos. La víspera, perreros y palafreneros habían recibido la orden de prepararse a las cinco de la mañana. La tienda y la cocina fueron enviadas por delante, al lugar donde Kirila Petróvich debía hacer la comida. Anfitrión e invitados se dirigieron a las perreras, donde más de quinientos lebreles y galgos vivían a sus anchas y sin pasar frío, ensalzando la generosidad de Kirila Petróvich en su canino lenguaje. También había allí un hospital y un hospicio para perros, puestos al cuidado del veterinario Timoshka, y una sección donde las nobles hembras parían y alimentaban a sus cachorros. Kirila Petróvich se mostraba orgulloso de su excelente institución y nunca dejaba escapar la oportunidad de presumir de ella ante sus invitados, cada uno de los cuales la había visto, por lo menos, veinte veces. Iba y venía por la perrera, rodeado de sus huéspedes en compañía de Timoshka y de los perreros principales; se detenía a veces, ya preguntando por la salud de los animales enfermos, ya haciendo observaciones más o menos severas

y acertadas, ya llamando a sus perros preferidos y hablándoles cariñosamente. Los invitados se consideraban obligados a admirarse de la perrera de Kirila Petróvich. Sólo Dubrovsky callaba, con el ceño fruncido. Era un cazador apasionado. Su fortuna no le permitía sostener más de dos lebreles y una jauría de galgos; no pudo evitar cierta envidia a la vista de aquella espléndida instalación.

—¿Por qué tuerces el gesto, hermano? —le preguntó Kirila Petróvich—. ¿Acaso no te agrada mi perrera?

—No es eso —contestó él secamente—. La perrera es excelente, y no creo que tus criados vivan como tus perros.

Uno de los perreros se ofendió.

—Nosotros no nos quejamos de nuestra vida —dijo—; gracias a Dios y a nuestro amo. Pero lo que es cierto, es cierto. A algún noble hambriento no le desagradaría cambiar su finca por cualquier perrera de éstas. Tendría más lleno su estómago y no sentiría frío.

Kirila Petróvich soltó una risotada ante la insolente observación de su siervo, y los invitados le imitaron, aun cuando la broma del perrero podía referirse también a ellos. Dubrovsky palideció y no pronunció ni una sola palabra.

En aquel momento trajeron a Kirila Petróvich, en un cesto, unos cachorros recién nacidos; los observó detenidamente, separó dos y ordenó que los otros fueran arrojados al río. Mientras tanto, Andrei Gavrílovich desapareció sin que nadie lo advirtiese.

De vuelta de la perrera con sus invitados, Kirila Petróvich se sentó a la mesa para cenar, y advirtiendo entonces la ausencia de Dubrovsky, preguntó por él. Los criados le respondieron que Andrei Gavrílovich se había ido a su casa. Troekúrov mandó inmediatamente que fueran en su busca para hacerle volver. Nunca había salido de caza sin Dubrovsky, a quien tenía como un experto y fino apreciador de las virtudes de los perros, capaz de decidir sin error todo género de discusiones cinegéticas. El criado mandado a caballo en su busca regresó cuando todavía estaban sentados

a la mesa. Informó a su señor de que Andrei Gavrílovich no quiso atenderle y que se negaba a regresar. Kirila Petróvich, encendido como de ordinario por los licores, se encolerizó y envió de nuevo al mismo criado para advertir a Andrei Gavrílovich que si esta vez no acudía de inmediato a pernoctar en Pokróvskoe, rompería con él para siempre. El criado salió una vez más al galope. Kirila Petróvich se levantó de la mesa, despidió a sus invitados y se retiró a dormir.

Al siguiente día su primer cuidado fue preguntar si Andrei Gavrílovich estaba presente. Le entregaron entonces una carta doblada en triángulo. Kirila Petróvich mandó a su escribiente que la leyera en alta voz oyendo lo que sigue:

Muy señor mío:

No pienso volver a Pokróvskoe hasta que usted me envíe al perrero Paramoshka para pedirme perdón. Dependerá de mi voluntad el castigarlo o perdonarlo. No estoy dispuesto a tolerar las bromas de sus siervos, ni tampoco las de usted, porque no soy un bufón, sino un noble de rancio linaje.

Su seguro servidor,

Andrei Dubrovsky

Conforme a las reglas de etiqueta entonces imperantes, esta carta era del todo inconveniente; irritó a Kirila Petróvich más por su esencia que por su estilo.

—¿Cómo? —atronó, saltando de la cama con los pies descalzos—. ¿Que envíe a mi gente a pedirle perdón y que él pueda castigarlos? ¿Qué se ha figurado? ¡No sabe con quién se enfrenta! Ya verá... ¡Le haré llorar, sabrá lo que significa ir contra Troekúrov!

Kirila Petróvich se vistió y fue de caza con el acostumbrado esplendor. Pero la jornada resultó mala. En todo el día tan sólo vieron una liebre, que se les escapó por añadidura. Tampoco resultó bien la comida en el campo, o al menos no fue del agrado de Kirila Petróvich, quien dio una

paliza al cocinero, cubrió de insultos a los invitados y a la vuelta, premeditadamente, hizo pasar a todos por los campos de Dubrovsky.

Transcurrieron algunos días sin que cediese la hostilidad entre los dos vecinos. Andrei Gavrílovich no volvió a Pokróvskoe; Kirila Petróvich se aburría sin él y exteriorizaba su disgusto con las más ofensivas expresiones, que, gracias al celo de los nobles de la comarca, llegaban corregidas y aumentadas a conocimiento de Dubrovsky. Una nueva circunstancia vino a imposibilitar toda esperanza de reconciliación.

Un día en que Dubrovsky recorría su pequeña hacienda; oyó golpes de hacha en las proximidades del bosquecillo de abedules, y algo después el ruido inconfundible de la caída de un árbol. Acudió presuroso pudiendo ver a unos mujiks de Pokróvskoe robando tranquilamente su leña. Al advertir su presencia, huyeron. Dubrovsky y su cochero dieron alcance a dos y los llevaron a la casa maniatados. Tres de los caballos quedaron también como botín del vencedor. Dubrovsky experimentó gran disgusto; hasta entonces, la gente de Troekúrov, aunque reconocidos como ladrones, no habían osado hacer de las suyas dentro de sus posesiones, pues conocían la amistad que le unía de antiguo con su señor. Dubrovsky comprendió que se aprovechaban de la ruptura, por lo cual y, en contra de todos los derechos de guerra, decidió dar una lección a sus prisioneros con varas de las que se proveyó en su propia arboleda; los caballos fueron puestos a trabajar e incorporados a los animales de la finca.

La noticia del hecho llegó en el mismo día a oídos del Kirila Petróvich. Fuera de sí, en el primer momento de cólera pensó en reunir a todos sus criados, atacar a Kisteniovka (que así se llamaba la aldea de su vecino), arrasarla y bajar los humos del propietario en su propia hacienda. No era la primera vez que hacía cosas de este género; pero pronto cambió de opinión.

Mientras caminaba midiendo con pesados pasos la estancia, quiso el azar que al mirar por la ventana viese una troika que se detenía en el portón y a un hombrecillo de gorra de cuero y capote de paño basto saliendo del vehículo y que se dirigía hacia el ala del edificio donde se encontraba el administrador. Troekúrov reconoció al asesor Shabashkin y ordenó que lo condujeran ante él. Un minuto después, Shabashkin se encontraba en la sala, haciendo saludo tras saludo y esperando respetuosamente sus órdenes.

—Celebro verte, aunque no recuerdo cómo te llamas —le dijo Troekúrov—. ¿Qué te trae por aquí?

—Iba a la ciudad, excelencia —contestó Shabashkin—, y me acercaba a Iván Demiánov para preguntarle si había alguna orden de su excelencia.

—Vienes oportunamente. Te necesito. Bébetete una copa y escucha.

Acogida tan afectuosa asombró agradablemente al asesor. Rechazando el vodka se dispuso a escuchar atentamente a Kirila Petróvich.

—Tengo un vecino —dijo Troekúrov—, un pequeño propietario insolente al que deseo arrebatarse su finca. ¿Qué piensas tú de esto?

—Si hay documentos, excelencia, o...

—Nada de eso, amigo, no hay ningún documento. Para eso están los dictámenes. La fuerza consiste en esto, en apoderarse de una finca aunque no se tenga derecho alguno. Sin embargo... espera. Esa finca nos perteneció en otros tiempos, la compramos a un tal Spitsin y la vendimos luego al padre de Dubrovsky. ¿Se podría encontrar ahí un pretexto?

—No lo creo, excelencia; probablemente, la venta fue hecha conforme a la ley.

—Piénsalo, amigo, busca bien.

—Si, por ejemplo, su excelencia pudiera de algún modo conseguir la escritura en virtud de la cual su vecino posee la

finca, quizá fuera posible...

—Comprendo. Lo malo es que todos sus papeles desaparecieron con ocasión de un incendio.

— ¿Desaparecieron sus papeles, excelencia? ¿Qué más quiere? En tal caso procede conforme a la ley, y no me cabe la menor duda que se verá plenamente satisfecho.

— ¿Tú lo crees? Asegúrate. Confío en tu celo, y puedes estar seguro de mi agradecimiento.

Shabashkin se inclinó hasta casi tocar el suelo, salió de la estancia y comenzó de inmediato a trabajar en el asunto. Tal fue su habilidad, que a las dos semanas justas Dubrovsky recibió de la ciudad un requerimiento a fin de que presentase inmediatamente y en la debida forma todos los documentos referentes a su título de propietario de la aldea de Kisteniovka.

Andrei Gavrílovich, asombrado ante tan insólita demanda, escribió en el mismo día una destemplada respuesta en la que manifestaba que Kisteniovka la había heredado a la muerte de su difunto padre, que era suya por derecho de herencia, que Troekúrov nada tenía que ver con ello y que cualquier pretensión contra sus propiedades era una calumnia y un fraude.

Esta carta produjo una muy agradable impresión en el alma del asesor Shabashkin. Comprendió primeramente que Dubrovsky tenía una noción muy vaga de estos asuntos, y en segundo lugar que a un hombre tan acalorado y poco previsor podía colocársele sin grandes dificultades en situación desventajosa.

Después de examinar fríamente las preguntas del asesor, Andrei Gavrílovich comprendió la necesidad de contestar detalladamente. Escribió un documento bastante bien redactado, que no obstante, resultó ineficaz.

El asunto comenzó a alargarse. Andrei Gavrílovich, convencido de la razón que le asistía, no tenía ni deseos ni posibilidades de ir repartiendo dinero a diestra y siniestra, y si bien siempre había sido el primero en burlarse de la venali-

dad de los chupatintas, jamás pensó en acabar víctima de un pleito. Por su parte, Troekúrov no se preocupaba gran cosa del asunto: Shabashkin actuaba por él, obrando en su nombre, amenazando y sobornando a los jueces e interpretando torcidamente toda clase de leyes. El resultado de estos manejos fue una citación que recibió Dubrovsky el 9 de febrero de 18... por mediación de la policía de la ciudad, para que se presentara a juicio al objeto de oír la sentencia sobre la demanda presentada contra él, teniente Dubrovsky, por el general Troekúrov, y para que firmase su conformidad o disconformidad. Aquel mismo día se dirigió a la ciudad; por el camino le adelantó Troekúrov. Ambos se miraron con altivez y Dubrovsky advirtió en el rostro de su adversario una sonrisa de rencor.

CAPÍTULO II

Llegado que hubo a la ciudad, Andrei Gavrílovich acudió a la casa de un comerciante conocido suyo, donde pasó la noche, presentándose en el juzgado a la mañana siguiente. Nadie le prestó la menor atención. Tras él vino Kirila Petróvich y los escribientes se pusieron en pie, con las plumas tras la oreja, mientras los jueces lo acogían con muestras del más profundo servilismo, acercándole un sillón como correspondía a su alto rango, a su obesidad y a sus años; se sentó junto a la puerta, que permanecía abierta, mientras que Andrei Gavrílovich permanecía de pie, apoyado en la pared. Se hizo un profundo silencio y el secretario con voz sonora comenzó a leer la decisión del tribunal.

La reproducimos íntegra, suponiendo que a todos les agrada ver uno de los medios por los que en Rusia es posible vernos despojados de una hacienda a cuya posesión tenemos indiscutible derecho.

Con fecha 10 de febrero de 18.., en el juzgado de K. se ha examinado la causa de posesión indebida por el teniente de la Guardia Andrei Gavrilov, hijo de Dubrovsky, de la finca perteneciente al general en jefe Kirila Petrov, hijo de Troekúrov, consistente en la aldea de Kisteniovka, provincia de..., con tantos varones y tantas desiatinas de praderas y tierras de labor. Del expediente instruido resulta: Que el citado general en jefe Troekúrov presentó el 9 de junio del pasado año de

18... en este tribunal una demanda manifestando que su difunto padre, asesor colegiado y caballero Piotr Efímov, hijo de Troekúrov, a la sazón secretario del gobierno civil de la provincia, compró al oficinista de ascendencia noble Fadei Egórov, hijo de Spitsin, la mencionada finca de la aldea de Kisteniovka, que entonces se componía, según datos de la cuarta revisión, de tantos varones con su correspondiente hacienda, la casa señorial, tierras laborables y baldíos, bosques, praderas, la pesca en el río Kisteniovka y todo lo restante, sin excepción alguna, que había heredado a la muerte de su padre, el oficial de cosacos Egor Teréntiev, hijo de Spitsin, por el precio de 2500 rublos, siendo firmada la escritura aquel mismo día en las oficinas de propiedad territorial y entrando en posesión de la misma el 26 de agosto. Por último, el 6 de septiembre de 17..., por la voluntad de Dios, murió el padre, y el demandante, general en jefe Troekúrov, que casi desde la infancia se encontraba en el servicio militar y la mayor parte del tiempo permanecía en campañas en el extranjero, no pudo tener noticia ni de la muerte de su padre ni de que éste había adquirido la mencionada finca. Actualmente, retirado ya del servicio y residente en las posesiones de su padre de los distritos de K., P. y R., de las provincias de... y..., con diferentes aldeas que en su conjunto reúnen tres mil almas, encuentra que dichas propiedades, con el total de almas antes expresado (de las que según la presente revisión corresponden tantos a la aldea antes mencionada), con sus tierras y bosques, las posee sin derecho alguno el teniente de la Guardia Andrei Dubrovsky, por lo cual, habiendo presentado el contrato original de la compra que entregó a su padre el vendedor, Spitsin, ruega que se desposea a Dubrovsky de su ilegítima posesión y se le entregue a él, Troekúrov, en propiedad plena, poniéndola a su disposición, debiendo Dubrovsky devolverle las rentas ilegítimamente apropiadas, de conformidad con lo que manda la ley.

Según las investigaciones practicadas por el juzgado municipal conforme a dicha instancia, resulta: que el mencionado poseedor de la propiedad en litigio, teniente de la Guardia Dubrovsky, explicó al asesor que su finca de la aldea de Kisteniovka, con tantas almas, tierras, bosques y prados, los adquirió por derecho de herencia a la muerte de su padre, el subteniente de artillería Gavril Evgráfov, hijo de Dubroski, quien a su vez la había comprado al padre del demandante, exsecretario del gobierno civil de la provincia y luego asesor colegiado Troekúrov, según poderes otorgados el 30 de agosto de 17... y registrados en el juzgado del distrito, al consejero titular Grigori Vasíliev, hijo de Sóboliev, por cuyos poderes obraba en representación del padre, y en ellos se decía que Troekúrov vendía toda la hacienda que había adquirido al oficinista Spitsin, con tantas almas y tierras, a su padre, Dubrovsky, por la que dicho padre había satisfecho la cantidad de 3200 rublos, todo ello íntegro y sin restitución, y pedía a Sóboliev que entregase a su padre la indicada carta de propiedad. Mientras tanto, en los poderes antes aludidos, al ser satisfecha toda la suma, se indicaba que el comprador dispondría en adelante, hasta la ultimación del contrato, de la simple escritura de propiedad, como auténtico dueño, y que el vendedor, Troekúrov, no intervendría en los asuntos de esta última en lo sucesivo.

Pero Andrei Dubrovsky no sabe cuándo y en qué oficinas se realizó la operación con Sóboliev, pues en aquel tiempo era menor de edad y después de la muerte de su padre no pudo encontrar la citada escritura; supone que desapareció con otros documentos con ocasión del incendio que se produjo en la casa en 17..., hecho del que todos los habitantes de la aldea tienen noticia. Pero dicha finca, desde el día de la venta por Troekúrov o de la entrega de los poderes a Sóboliev, es decir, desde el año 17... y desde la muerte de su padre, desde 17... hasta el día de hoy, ellos, los Dubrovsky, la han poseído indudablemente, hecho que se confirma